

**A**penas unos momentos antes de morir, apoyada en el avellano del jardín, Annina emergió de la sombra en la que su mente vivía escondida desde hacía muchos años y, de repente, en esos breves instantes que la muerte aún le concedió, como en un vuelo volvió a ver la casa con el pino y a Mena que rezaba apoyada en una esquina de la artesa, y frente a Mena vio a su madre parirla gritando a causa de un dolor que le pareció perfecto, y sólo al final, casi espiando, divisó cómo su propia cabeza salía de aquel cuerpo rojo e hinchado por el esfuerzo, y percibió por última vez el olor a violetas de su hermano gemelo que desde dentro de las tripas la empujaba al mundo.

Fue como un relámpago, un estornudo de fuerza tan intensa que Annina tuvo que apoyarse con ambas manos en el avellano para no caerse, y su último suspiro le salió con una voz flébil, casi como un susurro.

—Anda, fíjate... —dijo, sorprendida por aquel espectáculo increíble. Después dejó que una sonrisa le suavizara la boca, se deslizó lentamente hacia la base del tronco y allí se detuvo para siempre.

Cuando el Maestro llegó a Colle, en la zona de la llanura estaban acabando de construir la estación, y alrededor de ella nacían ya las primeras casas de la nueva aldea. Nacían como setas, y la gente parecía excitada por la llegada de la vía férrea, que habría de traer el tren y el progreso. El edificio principal no estaba todavía listo, de modo que los pasajeros debían bajar bastante antes, cerca del Padule Largo, y podían llegar hasta Colle Alto tomando al vuelo alguna de las raras carrozas o confiando en la amabilidad de algún campesino para que les llevara en un carro tirado por bueyes.

Desde la carretera que ascendía al pueblo enrocado desde hacía milenios sobre la colina, podían verse con claridad los campos seccionados por las vías: una herida transversal que desde el Padule se hincaba en medio de la geometría de las fincas, delimitadas por las acequias y las hileras de cipreses. Parecía como si el mundo estuviera netamente dividido: a la izquierda, siguiendo la cinta todavía blanca del balasto, una multitud de personas, carros, herramientas, cierta confusión de hormigas que iban y venían entre el trazado del ferrocarril y las casas en construcción. A la derecha, poco más allá de la estación, del lado donde ya había sido depositada la estela herrada, el mundo estaba en paz, y en los campos divididos por el sendero del tren podía divisarse, como mucho, algún débil bucle de polvo levantado por un arado.

El Maestro había pedido a un factor que lo llevara en su carro, después de haberlo ayudado a cargar los últimos sacos de judías en el tren que arrancarían de inmediato para la ciudad. Hijo de campesinos, el olor de las legumbres y el contacto con la yuta rasposa le habían hecho sentirse de nuevo en casa, mitigando cierta sensación de ser de alguna forma un traidor por haber sido el único, de toda su familia, que había estudiado.

Había llegado del sur, de un pueblecito cerca de Sapri no demasiado distinto de Colle, enrocado también sobre una colina, pero sin ferrocarril y con más miseria. Había llegado con dos maletas: en la primera, algunos calzoncillos, algún par de calcetines, dos camisas y un traje negro igual al que llevaba. La otra estaba llena de libros y pesaba como un muerto.

En cuanto el tren se movió, el Maestro sintió por un instante que se ahogaba, y se quedó mirando el convoy de vagones que se deslizaba lentamente en la dirección de la que había llegado hasta que el factor, con las maletas ya sobre el carro, lo llamó para que se fueran. Entonces se acercó, se limpió las palmas en los pantalones y extendió la mano para presentarse, como hacen los hombres. Dijo su propio nombre y su apellido, y dio las gracias por el favor.

El factor no era hombre de muchas palabras. Oyendo esa extraña forma de hablar, jamás escuchada en aquellos lugares, pensó que el ferrocarril, además de traer semillas y verduras, quién sabe qué clase de gente habría de dejar allí. El mundo era grande, y ahora Colle se había enganchado a algo que no conocía. En cualquier caso, aquel joven parecía buena persona. Hablaba con un acento extraño pero correcto. Le había ayudado, como es usanza entre personas civilizadas, y ahora a la mano que tendía era necesario responder, entre otras cosas por la hospitalidad que, entre los hombres, es debida.

Hicieron el viaje en silencio, el uno por la turbación ante un extraño, el otro por estar inmerso en la melancolía y concentrado en observar aquel mundo desconocido en el que su nueva vida había de comenzar pronto.

Sólo cuando, junto a las primeras casas de Colle, estuvo ya próxima la puerta de las murallas, el factor le preguntó dónde quería que lo dejara, y el Maestro contestó:

–Donde haya una pensión, o alguien que alquile habitaciones.

Después dejó pasar unos segundos de pausa y, como si se avergonzara de lo que estaba a punto de decir, bajando los ojos, casi susurró:

–Soy el nuevo maestro, vengo a dar clases.

El conductor se volvió de golpe hacia él.

–El Maestro –dijo–, ¡enhorabuena! –Después añadió–: La viuda Bartoli podrá alojaros. –Luego calló hasta que se detuvo ante una casita de piedra, justo al lado de las murallas.

Bajó apresuradamente, llamó y advirtió a la mujer que había llegado el nuevo maestro. Después arrancó de las manos del joven el equipaje que éste se había apresurado a descargar.

–Maestro, no os molestéis. Dejadme a mí.

Le dejó las maletas en la acera y se quitó el sombrero. Con cierta deferencia, volvió a tenderle la mano.

–Veréis, os encontraréis bien aquí en Colle. Somos gente sencilla, pero amamos la vida. La vida tranquila, el estar en paz. Veréis, estoy convencido de que os gustará.

Se marchó tocándose el ala del sombrero, y lo dejó en manos de la viuda Bartoli, la que alquilaba habitaciones.

Desde lo alto de las escaleras, el hombre oyó cómo le llamaban:

–Señor Maestro, entrad, que empieza a refrescar.

Él miró un momento más hacia la llanura, hacia el sol que comenzaba a ponerse, y detrás del Padule Largo le pareció por un instante ver brillar el mar.

**L**a viuda Bartoli era una mujer atractiva, que rondaba los treinta años y se había quedado sola después de que su marido, capataz, muriera en el curso de las obras del viaducto, abajo en el Padule, aplastado por las ruedas de la locomotora, que lo había enganchado por la capa mientras comprobaba el aguante de un canalón durante una tormenta. Su cónyuge le había dejado aquella casa de seis habitaciones, en la que vivía con su hijo Bartolo, de ocho años, el dolor por aquella muerte repentina y desgarradora y la fobia permanente hacia cualquier medio de locomoción con ruedas. El tren en primer lugar.

Cuando el factor descargó al Maestro delante de su puerta, en la casita de piedra junto a las murallas vivían realquilados dos capataces de las obras de la estación. La tercera habitación fue ocupada por el recién llegado, un alojamiento que le gustó de inmediato: el cuarto no era amplio, pero estaba decorado con sobriedad y buen gusto. Una pequeña cama, una mesilla, un armario de cerezo y una mesa apoyada contra la pared. Tras vaciar en un momento la maleta de sus indumentes, colocó con atención sus numerosos libros en el espacio que sobraba en el armario. La casa estaba situada justo al límite de la colina, de

forma que desde la ventana podía ver casi toda la llanura, con el ferrocarril que iba avanzando, las casas en construcción, los campos, los caminos.

La viuda era una persona discreta, ordenada y puntual. Por una cifra aceptable se pusieron de acuerdo sobre el alquiler de la habitación, el almuerzo y la cena que consumían todos juntos en la enorme cocina: los tres huéspedes, la dueña de la casa y el pequeño Bartolo. Inmediatamente después de cenar, los capataces salían para dar un paseo hasta la taberna, de la cual no volvían demasiado tarde, para acostarse, mientras el Maestro, que no tenía por costumbre salir, permanecía en su cuarto entre sus libros y la apretada escritura con la que llenaba gran cantidad de hojas.

Estaba muy ocupado con su nuevo trabajo, con los treinta muchachos de la escuela, y el tiempo que no dedicaba a preparar las clases y a corregir deberes, lo empleaba en la lectura y en los escritos que redactaba de noche, hasta hora tardía. Además, el domingo no sólo no iba a misa como los demás, sino que se dedicaba a paseatas solitarias siguiendo el ferrocarril, con un libro en la mano, y en la otra un cigarro toscano.

Esta especie de aislamiento despertó la atención de la viuda Bartoli, su curiosidad acaso. Lo cierto es que lo consideró extraño. En ocasiones, tímidamente, tanteó el terreno, se informó con discretas preguntas de si al Maestro le hacía falta algo, de si todo iba bien, en casa y en la escuela, pero siempre obtenía corteses respuestas tranquilizadoras.

Un joven de tan buena presencia, instruido y amable, ¿por qué se obstinaba en permanecer aislado? Claro, Colle Alto no era Jauja, pero no dejaba de tener un par de buenas tabernas, y una sala, debajo del ayuntamiento, donde cada semana una banda tocaba para el baile. Y además aquel maldito ferrocarril acercaba mucho la ciudad, y con la ciudad, las delicias y diversiones que un joven sano no hubiera evitado.

Así, día tras día, casi sin darse cuenta, la viuda empezó a pensar en la vida del Maestro, una costumbre que como una gota ligera sobre una roca excavó una pequeña gruta en el interior de su soledad. En efecto, aunque inmersa en las ocupaciones de madre y de patrona que tenía que atender a tres personas, desde el día de la muerte de su marido su existencia había estado marcada por la soledad.

Fosco Bartoli nunca fue hombre de muchas palabras. Espíritu más bien práctico, gran trabajador y de carácter algo sombrío, para su esposa había sido en cualquier caso un marido leal y paciente. Sobre todo, era un hombre capaz de escuchar, y en los años en que compartió el hogar con ella siempre había tenido para su mujer un momento de atención, una mirada de complicidad, aunque no fuera más que un rápido gesto de entendimiento que a ella le bastaba para sentirse parte de algo fuerte, de cuanto era necesario para afrontar las penalidades de una existencia sencilla, los reveses de la vida, un dolor grande como la pérdida de su primera hija, a la que un retortijón se llevó en un santiamén.

Desde aquella tarde maldita en que acudieron a buscarla para bajarla a la carrera hasta el viaducto, frente a su hombre arrasrado hasta la muerte por el hierro de la locomotora, no había sido capaz de hallar en ninguna parte algo que pudiera darle al menos un poco de aquella sensación de plenitud.

Habían pasado los meses, y ella se las ingeniaba para sacar adelante a un pobre niño que de su padre no conservaría más que un recuerdo lejano, llenaba las horas limpiando, manteniendo en orden la casa y ocupándose de sus huéspedes, y de esa forma el tiempo de los días, puesto en fila con la repetición de plazos siempre iguales, se marchaba con rapidez y se perdía en el horizonte azul y gris del Padule. Pero por la noche, cuando los dos capataces se habían retirado, el pequeño Bartolo estaba ya perdido entre sueños, en la casa caía el silencio y sobre la viuda se desplomaba el peso de la soledad.

Entonces se quedaba largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad y escuchaba aquel silencio, pensando, más que en su vida pasada, en la que habría podido pasar junto a su hombre si aquellas ruedas malditas no lo hubieran triturado, y esa idea se había convertido en la compañera de sus noches, el único testigo de un sutil dolor que le impedía el descanso o, a veces, la única tisana que la llevaba suavemente hacia el sueño.

Fue con cierto estupor, pues, como en mitad de una noche se sorprendió pensando en la vida del Maestro, inmersa en el deseo de descubrir algo más acerca de él, de sus costumbres esquivas, de esas largas caminatas solitarias. Casi se asustó al comprobar que eran ya muchas las noches en que esos pensamientos la acompañaban por las habitaciones de la casa, o mientras bajaba

hacia el Padule, donde se imaginaba al Maestro paseando no ya solo, sino en su compañía, leyéndole un libro y hablándole de él, de su trabajo.

Al darse cuenta, el corazón le dio un vuelco en el pecho, y de inmediato se dio la vuelta entre las sábanas como para apartar aquellas ideas, y alejarlas, y dejar que se ahogaran en el pesado sentimiento de culpa que sentía ya nacer en su interior, como si hubiese traicionado a su marido y éste la hubiera sorprendido haciendo algo indecente con otro hombre. En su casa. En sus pensamientos.

Y, sin embargo, por más que buscara el sueño, y al buscarlo se esforzase en volver a la antigua costumbre de imaginarse a Fosco Bartoli y una vida que nunca compartiría con él, dentro de sus sueños la imponente figura de su marido poco a poco se alteraba y su rostro acababa por adquirir los rasgos jóvenes y amables del Maestro e, incluso, a veces éstos se amortiguaban, se dulcificaban más aún y se deslizaban junto a ella en el interior del consuelo de un sueño cálido y reparador en el que, en no pocas ocasiones, su huésped había osado dirigirle la misma mirada de entendimiento con la que el difunto sabía tranquilizarla.

Vivir y soñar, confundirse en una imagen acercándose lentamente hacia un rostro. Levantar la mano en un gesto de saludo, que es una esperanza fantaseada en la oscuridad. Vivir y soñar era a veces lo mismo, y así, la viuda, casi sin darse cuenta, sobrepuso al recuerdo dulce de un marido que ya no estaba, el rostro ahora habitual del Maestro, sus manos grandes, sus gestos corteses. Incluso su olor, mezclado con el aroma acre del cigarro toscano, de la tinta y de los papeles que atestaban el pequeño cuarto de alquiler. La gota de sus pensamientos había excavado una cueva y ella no tardó en llenarla con el amor, con una nueva amabilidad, un aspecto radiante y una luz que la hicieron florecer.

Los propios huéspedes advirtieron aquella primavera una ligera electricidad que contagió también al pequeño Bartolo y lo convirtió para siempre en el niño ágil y alegre que habría de ser. Incluso el Maestro se mostró confuso por aquella manifestación de amor vital, y a pesar de lo embarazoso de una situación delicada, un domingo por la tarde se armó de valor para invitar a la viuda a unirse a su habitual paseata siguiendo la vía férrea. Él, un hombre hecho y derecho, con barba, faja y su bonito lazo negro

sobre la camisa inmaculada, le formuló la invitación casi inaudiblemente mientras retorció con las manos el ala del sombrero que se había quitado en señal de respeto.

La viuda aceptó con una sonrisa, con tanta naturalidad que hizo que al Maestro le parecieran excesivos sus temores, y con idéntica naturalidad lo tomó del brazo en cuanto salieron de casa, mientras con la otra mano controlaba que Bartolo se mantuviera a su lado. En el breve tramo de carretera que desde las murellas bajaba hacia los campos y más abajo, después, hasta la vía férrea, a los ojos perezosos de los escasos habitantes de Colle que fuera de sus puertas disfrutaban de la tibieza de una primavera precoz, el paso tranquilo de aquellas tres personas les pareció algo plenamente natural.

Envuelta por el halo mágico de un amor templado en tantas noches de soledad, la felicidad que la viuda Bartoli esparció a su alrededor aquietó en un instante cualquier posible escándalo o chismorreó ante aquella unión entre el joven Maestro y una mujer de bastante más edad y que aún vestía de luto. Tal vez fuera un hechizo, tal vez un repentino sentido común que se adueñó de Colle, pero desde el momento en que con aquel paseo el nuevo amor se hizo evidente, éste fue saludado sin estupor alguno, como la evidencia de una unión natural, antigua incluso. El único capricho que se concedió el pueblo, y que mantuvo siempre, fue el de seguir llamando «viuda Bartoli» a la mujer, si bien ya oficialmente unida a la vida del Maestro.

**S**i para el Maestro el viaje desde las costas de Campania hasta Colle había sido largo y pesado, más pesada le pareció la lejanía de los lugares en los que había nacido, se formó y tenía a su familia.

Y aunque considerara una misión el marcharse lejos de casa hacia un nuevo trabajo y un nuevo mundo, cada vez que el atardecer sobre el Padule Largo encendía de luz el agua, una mano lo aferraba con fuerza por la garganta sin dejarle casi respirar. Una presa de la que sólo conseguía liberarse con el empuje de un único pensamiento: la convicción de que aquel viaje suyo era necesario.

En el cielo rojo que incendiaba la llanura, detrás de la ventana, volvía a ver por unos instantes los días pasados con los com-

pañeros de colegio entre el estudio y las discusiones, a su primo Salvatore que se marchó con Pisacane y murió de un disparo de fusil por la espalda a manos del campesino al que habría debido liberar, y ese nuevo Estado italiano que había nacido en el norte, pero que en los campos del Sapri sólo se manifestaba con la prepotencia de sus soldados.

Su padre era ayudante del factor en el feudo de los barones Portillo, y había querido que fuera maestro para que no conociese las fatigas del sudor mal pagado de quien cultiva la tierra. A Sapri a estudiar, todos los días un tramo a caballo y después a pie, a buscar en los libros un camino que no fuera aquel lleno de polvo y fango de la granja, sino el de la respetabilidad concedida por un título, por un trozo de papel con tu nombre escrito con hermosa caligrafía en negro y oro y con las rúbricas que acreditan que uno es licenciado.

Pero a él en los libros le parecía leer otras cosas. O mejor dicho, lo que leía en los libros le confirmaba la impresión de que los barones Portillo, con sus vestidos de raso y las carrozas, no eran sino unos payasos prepotentes. Al igual que las miríadas de lacayos que se llevaban consigo cuando pasaban por los campos de caza. Al igual que sus acólitos e incluso los notables de Sapri que colgaban de sus labios una sonrisa o un gesto de saludo que valoraban mucho más que todos aquellos desgraciados a los que arrendaban la tierra a cambio de un pedazo de pan.

Luego, un día, su amigo Mannuzzu llegó de Nápoles con los libros de un filósofo alemán que se interesaba por el destino de aquella pobre gente, y ambos habían empezado a reunirse con otras personas para hablar de tierras entregadas a los campesinos, de explotación, de gente que acumulaba el capital lucrándose del trabajo de los demás, de lucha social.

Él era para todos el primo de ese Salvatore de Pisacane muerto por la espalda por quien habría debido liberar, y sus amigos se dirigían a él con ese tono de respeto debido a quien, en el fondo, ciertas cosas ya las sabe.

Fueron meses de lecturas feroces, continuas y extenuantes, tanto que su padre, viéndolo siempre inclinado sobre las páginas, absorto en sus pensamientos, empezó a dudar de su inteligencia. «¿Qué será, pues, esta ciencia? –pensaba–. ¿Será posible que sea tan complicada y larga que te consuma los ojos y el sueño? ¿Qué

habrá tan misterioso en el saber que hay que ocultarlo en el interior de libros gruesos como cajas de fruta, pesados como ladrillos?» A veces se levantaba de noche, y se acercaba en silencio al cuarto de su hijo para espiarlo mientras, curvado sobre la mesa, escribía a la luz de una vela hoja tras hoja y copiaba complicados dibujos llenos de números, de libros escritos por personas con nombres extranjeros.

Que su hijo y aquellos estudios eran cosa extraña le fue confirmado el día de su diploma, después de la gran fiesta a la cual invitó a todos los campesinos para celebrar el gran acontecimiento, porque en el fondo era realmente algo excepcional que el hijo de un simple ayudante de factor, de uno de ellos, hubiera sido capaz de demostrar que incluso los patanes tienen cerebro. Y, sin embargo, ante las caras alegres de aquella pobre gente, ante sus cumplidos, su alegría, su hijo, tan instruido, no supo más que balbucear unas cuantas palabras turbadas, para huir después a esconderse en su cuarto, donde lo descubrió a altas horas de la noche dedicado, por supuesto, a leer sus libros.

—Ya está bien de libros, ahora eres un maestro y tienes que celebrarlo —le dijo con voz insegura a causa del exceso de vino. En su mente satisfecha lo veía con un bonito traje, en la ciudad, paseando por la calle principal con el periódico en la mano, mientras quienes pasaban le dirigían gestos de saludo, respetuosas sonrisas. Y él, en cambio, acucillado en la cama, con los ojos cansados a causa de la lectura, lo miró sin alegría y le dijo:

—No soy maestro de nada, padre, y lo celebraré solamente cuando los patanes que están gritando abajo como bobos griten contra los barones y hagan que les den la tierra que trabajan, y que no es de nadie más que de quien acaba por enterrar en ella su corazón a golpes de azada.

»Enseñar no es una fiesta —continuó—; queda mucho por hacer ahí afuera, en esta Italia nueva, construida por los piamonteses por su propio interés. Verá, padre, yo enseñaré a escribir y a leer, enseñaré a la gente de mañana a hacer cuentas para que miren el mundo, para que vean cómo está hecho por quienes mandan. Tenemos un futuro, y tenemos una esperanza: que esta gente entienda, y llegue hasta la injusticia profunda que conlleva tener siempre un Dios, o un rey, o un barón, o un Estado diciéndonos cómo somos, diciéndonos de todas las maneras qué hacer, cómo

vivir, cómo morir, cómo pensar. Debemos salir a ver, conocer, poner manos a la tarea. Italia, Nápoles, Roma, Florencia, Génova, Milán están a la vuelta de la esquina, llenas de personas que deben aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas para que no les sigan engañando.

El hombre no entendió; tal vez fuera la ebriedad del vino, tal vez el tono decidido con que su hijo se dirigió a él aquella noche, pero por primera vez sintió que algo se le escapaba para siempre y que aquel muchacho acuclillado sobre la cama ya había dejado de pertenecerle. Era un ternero suelto, mejor dicho, un potro dispuesto a correr por la llanura como el viento. El rey y el barón, señores con frac y sombrero de copa, y además una llanura enorme llena de trigo, y en el trigo una ciudad que se llamaba Italia Nueva, repleta de gente desconocida que hablaba una lengua perfecta pero sin sentido. Vio todo eso en un instante y tuvo miedo. El futuro siempre se lo había imaginado tan solo como con un hijo maestro, establecido y respetado; en Sapri, porque Salerno ya habría sido demasiado. Pero ahora aquel chico, que en otros tiempos había sido su hijo, estaba hablando de Génova y de Florencia, hablaba de Milán, ciudad que casi ni había oído nombrar nunca, donde se hallaba la Italia que le estaba esperando precisamente a él, a aquel que había sido su hijo y que ahora tenía que marcharse para dar clases.

Cerró con suavidad la puerta y se dirigió a su habitación, a paso lento, para no molestar. Su mujer le estaba esperando ya en la cama, aferrada a un rosario y murmurando en voz baja plegarias, con los ojos radiantes, la mirada casi extasiada. Entre las vaharadas de la borrachera y la emoción por el diálogo con su hijo, todo el conjunto le pareció al hombre una imagen ridícula de su vida, suspendida entre los ruidos de la fiesta que seguían llegando desde debajo de su casa y el borboteo monótono de aquella cantilena.

Hubiera querido huir, vencer el cansancio, el mareo que le hacía vacilar y marcharse de aquella habitación, tal vez hacia Milán, tal vez sólo hacia el mar, encontrar una barca y alejarse para siempre de aquellos lugares. Apenas pensó en el mar, le vino a la cabeza su sobrino Salvatore, el cuerpo de Salvatore con la espalda desgarrada por las postas loberas. Estaba tumbado en la playa, con los brazos extendidos hacia delante, como si estuviera zambulléndose en el agua para marcharse, huir nadando de

la rabia de los patanes a quienes hubiera querido liberar. Veía a su sobrino y oía a su hermano llorar y gritar, maldecir a Pisacane y a los revolucionarios, arrodillado junto a aquel cuerpo destrozado.

Había comprendido.

Salvatore desapareció y en su lugar vio a su hijo, guapo, joven, con el diploma de maestro y la espalda desgarrada por un disparo de fusil. Porque ése es el final de quien quiere cambiar el mundo, poner a los patanes en lugar de los amos, y perder la razón y el sueño, la propia libertad por la libertad de los demás, maldita sea. Vio a su hijo rígido por la muerte, tumbado en una playa de Milán, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Fue la voz de su mujer lo que le devolvió a la habitación, tocándolo con suavidad.

–Anto’ –le preguntó–, ¿qué haces? ¿Estás llorando? ¿Es que no estás contento?

El hombre miró a su mujer, pero en realidad sus ojos miraban algo mucho más lejano.

–Si supieras –dijo con voz rota–, si supieras qué tristeza, el mar de Milán...

Cuando llegó el momento, el Maestro, como había acordado con sus compañeros, se las arregló para conseguir plaza de enseñante en una sede que no estuviese cerca de Sapri. No resultó difícil contentarlo, puesto que en aquella Italia donde todavía faltaba de todo, no faltaban desde luego plazas para un joven maestro que tuviera ganas de viajar. Por lo demás, era ése el proyecto de su pequeño grupo de revolucionarios; distribuirse por el país para llevar sus ideas lejos de aquel nido de serpientes que había masacrado la revolución. Eran tres maestros, dos empleados del ferrocarril y un prometedor experto en mecánica industrial, quienes se despidieron intercambiándose la promesa de mantenerse en contacto con cartas frecuentes, una vez llegados a sus respectivo destinos. Llegaría algún día el momento de regresar, más fuertes y mejor organizados, a sus casas también, para hablar de justicia social y de libertad.

La vida en Colle le pareció de inmediato distinta a aquella otra más dura con la que siempre había estado en contacto. El trabajo

no le faltaba, pues ocuparse de treinta niños no es una nadería, pero era escuchado y respetado, y tiempo para proseguir sus estudios, escribir y anotar sus observaciones sobre la gente del lugar le quedaba lo suficiente. Lo miraba todo con mucha atención. A menudo, con la excusa de conocer mejor a las familias, hacía preguntas, se informaba sobre las condiciones de trabajo y sobre el trato a los empleados.

Logró que los capataces le acompañaran a las obras del ferrocarril, para conocer a los obreros, y también visitó a los pescadores, abajo, en el Padule Largo, y los hornos donde preparaban los ladrillos para las nuevas casas que crecían como hongos alrededor de la estación. Colle vivía en un gran fermento, con la zona nueva repleta de hormigas que levantaban los edificios, trazaban calles y alargaban los recorridos ferroviarios, mientras arriba, en el pueblo viejo, los negociantes y los artesanos preparaban todo lo necesario para vestir y alimentar a la gente que aquel pedazo de futuro estaba arrastrando consigo en su carrera al galope.

Desde su ventana que daba a la llanura, o bien sentado fuera de la casa cercana a las murallas, el Maestro pasaba mucho tiempo observando toda aquella actividad, intentando captar los movimientos secretos, las tensiones, las salidas y las perspectivas, formulando hipótesis que después anotaba en sus cuadernos y verificaba en los libros. Todo aquel fervor le parecía expresión de algo nuevo, un espíritu distinto que él, crecido entre los campos de Sapri, no había conocido nunca salvo en las descripciones de Marx o de Bakunin. Y por ellos precisamente sabía que aquella era sólo una ínfima parte del trabajo del hombre, de aquella inmensa cantidad de trabajo que en otras partes obligaba a centenares de personas, encerradas en enormes fábricas, a tejer fibras o fundir acero. A veces, aquella idea le producía escalofríos cortándole la respiración: veía enormes construcciones, pululantes de hombres esclavos de un trabajo cuyo fruto no les pertenecía, ocultos en la oscuridad, sepultados por los humos, ensordecidos por el ruido, inmersos en la producción de un común destino de fatigas que le pareció un dolor enorme y perfecto.

Eso pensaba el Maestro, pensaba en las fábricas, incluso mientras cruzaba los campos de alrededor, otros lugares de enormes fatigas, aunque fueran de formas y colores tan espléndidos como los de Colle. Naturalmente, los campesinos y la pobre gente

eran pobre gente tanto allí como en su tierra, pero los rostros eran menos angulosos, las caras estaban más abiertas a la sonrisa, casi como si la belleza del paisaje, la suavidad de los alcores que se degradaban hacia una llanura tierna como algodón en rama hubiera mitigado también a sus habitantes, les hubiera abierto de par en par las puertas de la vida más de lo que ocurría con la gente del feudo de los Portillo. Y además los colores, aquella tierra roja y parda, manchada de verde donde el trabajo había hecho crecer prados ordenados, y el amarillo del trigo que se encaramaba por los declives, y el agua azul del Padule Largo, de oro cuando brillaba bajo el sol poniente.

Incluso su lengua tenía el color de los prados, era una música dulce, un sonido de flauta o de violín. Más ancha el habla de Colle Alto, llena de ritmo endecasílabo, casi poético, más inconstante y desordenada en torno a la estación, una mezcla de gente de paso que allí acudía día tras día para vivir y trabajar.

Pero entre todas las cosas de Colle, al Maestro le impresionó sobremanera la amabilidad de las mujeres. No es que las de su tierra no fueran amables, pero mantenían siempre, en toda circunstancia, una reserva, casi una hostilidad que las aislaba en una especie de mundo aparte, incluso cuando se convertían en esposas o abuelas. Las mujeres de Colle, en cambio, no temían sonreír, hablar a un desconocido con una cortesía y una dulzura que hechizaba.

Ante aquella dulzura, el Maestro casi sintió miedo, y así, en las primeras semanas que pasó allí, si por un lado disfrutaba de la afabilidad con que la viuda Bartoli lo trataba, por otro la aceptaba con la desconfianza y la cautela típicas de quien estaba acostumbrado a ver en las maneras familiares de tratar a un desconocido, si no una segunda intención, sin duda algo inusual. Pero con el paso del tiempo, de la observación y el contacto con el resto de las mujeres del lugar, fue abandonando cada vez más aquella especie de sospecha y empezó a apreciar el placer de un coloquio, de un intercambio de saludos, de un relato cualquiera, aunque fuera mínimo, pero coloreado por aquella forma de hablar amplia y luminosa que la volvía épica.

Y así, en determinado momento, los días pasados entre el trabajo y el estudio, completados por los paseos con que sazonaba el descanso dominical, empezaron a parecerle demasiado solitarios

y largos y se dio cuenta de que le hubiera gustado endulzarlos con alguna guarnición de palabras que fueran para él, y sólo para él. No era hombre de tabernas, ni de bailes en la plaza, como eran sus dos coinquilinos. Por lo demás, su propia condición de maestro le impedía ir por el pueblo entablando conversación, más allá de lo estrictamente necesario en un cortés intercambio de frases durante el paseo.

Una posibilidad sí cabía. La viuda Bartoli estaba ahí, al alcance de la mano, siempre amable e interesada por él. Preguntas discretas, pequeñas atenciones cotidianas que en principio él había evitado con educación, pero que después, poco a poco, lo habían acariciado y, con el paso del tiempo, puesto incluso de buen humor. Al despertar por la mañana se apresuraba a bajar a desayunar, sobre todo para poder disfrutar de la cordialidad que la viuda le brindaba, para respirar, aunque sólo fuera durante un cuarto de hora, aquel aire de felicidad y de primavera que emanaba de sus movimientos y sus palabras mientras servía en la mesa a los comensales. No era casi nada, una galleta especial horneada para él, un ligero toque en la chaqueta para quitarle una miga, un roce de falda contra la silla, y, sin embargo, saciado por un gesto minúsculo cualquiera, el Maestro se sentía capaz de salir de casa para el trabajo con suficientes fuerzas como para afrontar el mundo.

Así, la tarde de un domingo de febrero insólitamente tibia, en cuanto la viuda acabó de recoger, el Maestro se armó de valor y decidió dar un paso más. Había pensado una y otra vez durante toda la mañana en lo que iba a decir, un pequeño preámbulo para disculpar su audacia e introducir el razonamiento –casi un proemio, se había dicho a sí mismo– y después la petición de un paseo juntos, sin más, para charlar en compañía, dejando a la mujer la vía de escape de un rechazo muy probable. Lo comprendería, claro está: su posición de viuda, lo inconveniente de aparecer juntos, todo en general. Lo había sopesado todo más de una vez y, al final, se consideró listo para la prueba.

Era la primera vez que se enfrentaba a una mujer adulta en semejante tesitura. El amor que había conocido en sus campos estaba hecho de miradas furtivas, de rápidos gestos robados a los padres o a los maridos, consumidos de prisa. Ni tan siquiera una respiración. Aquí se trataba de jugar al descubierto, de tomarse la molestia de no incurrir en ofensas. Una mujer hecha y derecha,

viuda y sola. Así, con la cabeza repleta de todas estas consideraciones, el Maestro se acercó a la viuda Bartoli mientras ella se disponía al bordado y acababa de sentarse junto a la puerta de la cocina, abierta al cielo y la llanura.

Con el corazón en la garganta y las manos retorciendo el ala del sombrero se presentó ante la mujer, el cielo y la llanura, e intentó hablarle, oponer todo su valor frente al muro de belleza que ella y el paisaje le construyeron delante. No había vacilado en dejar su casa y su gente, hubiera querido hacer la revolución y cambiar el mundo, y, sin embargo, de su boca no salieron ni esas pocas palabras meditadas, pocas y sencillas palabras de invitación, ante la mirada de la viuda Bartoli, que le sonreía.

El Maestro permaneció mudo durante unos instantes más. Consideró que todo era demasiado hermoso y profundamente injusto, injusto sólo en la medida en que puede serlo la excesiva belleza en relación con las palabras de un hombre. La sonrisa de una mujer enamorada, el cielo azul y, bajo el cielo, la llanura que se perdía en el resplandor lejano del Padule. Todo estaba allí, y era demasiado para un discurso cortés de invitación, pensado durante horas construyendo, palabra tras palabra, frases ahora inadecuadas.

El Maestro se rindió. Miró un momento más hacia el cielo, después se zambulló en el interior de los ojos de la viuda y, en voz baja, acertó sólo a decirle:

—¿Salimos?

**E**l amor envolvió a la viuda Bartoli y al Maestro de una forma tan inevitable que nadie, del Colle hasta el llano ni más allá, se sorprendió jamás de aquella unión que habría podido, en cambio, ser causa de chismorreos y chácharas de todo tipo, aunque no fuera más que por la evidente diferencia de edad de los amantes y, en cualquier caso, por el escándalo que hubiera podido representar, dado que, en los muchos años de su amor, incluso cuando nacieron hijos y las dificultades no faltaron, ellos jamás manifestaron la menor intención de regularizar aquella relación a través del matrimonio.

Por lo demás, debido a sus convicciones anarquistas, el Maestro no reconocía autoridad ni al Estado ni a la Iglesia y, en todo

caso, desde el día de su primer paseo junto a aquel hombre joven, la viuda Bartoli jamás hizo alusión alguna a la eventualidad de una boda entre ambos. Simplemente, en cuanto volvieron a casa al caer la tarde, una vez servida la cena a los huéspedes y tras acabar de recoger, ella y el Maestro iniciaron su vida conyugal: durmieron en la habitación matrimonial y transformaron el antiguo cuarto de él en un despacho atiborrado de papeles y de libros que fue, para siempre, el refugio tranquilo de sus lecturas.

Con el tiempo, cuando la estación estuvo terminada y la línea férrea se amplió bastante más allá del Padule Largo, hacia otras llanuras y otras ciudades, los hijos que nacieron de su unión ocuparon las habitaciones que pertenecieron a los dos capataces, y la casa junto a las murallas pareció rejuvenecer entre el alboroto de aquella insólita familia y el amor que ambos supieron mantener siempre intacto.

En una habitación dormía Ideal, su primogénito, y más adelante, allí durmió también Mijail, bastantes años más joven, mientras que la más pequeña, Libertad, ocuparía la habitación contigua a la de Bartolo, que, muchos años más tarde, se convertiría en la de Cafiero.

Los chicos crecieron respirando la serenidad que la viuda siempre supo manifestar, incluso en los momentos más difíciles que la vida les reservó, y a pesar de las largas ausencias del padre.

En aquel pueblo enrocado sobre las colinas desde siempre, envuelta por la aureola mágica del amor entre la viuda Bartoli y el Maestro, la casa junto a las murallas fue, durante muchos años, casi un puerto franco en el que su vida y la de sus hijos pudo desarrollarse al resguardo de la malignidad y de las despiadadas reglas de las instituciones. Mientras entre Colle y el Padule el tiempo transcurrió lento, la particular índole de los habitantes de aquellos lugares evitó a los dos amantes cualquier tipo de problema que hubiera podido surgir de aquella unión y de aquellos nacimientos fuera de toda regla, sobre todo para quien, como el Maestro, debía representar un papel de tanta autoridad como el de docente.

E incluso cuando la Historia y el Progreso cayeron como una tempestad sobre aquella familia, pretendiendo dar una forma rígida a lo que en el fondo no era sino el producto de un sueño, los devastadores efectos provocados por el peso del orden no consi-

guieron borrar por completo de la memoria de Colle Alto la sensación de felicidad que la unión de aquellas personas había generado.

Cuando todo hubo sido, transitando por el sitio donde en lugar de una estación de servicio se levantaba en otros tiempos la casa junto a las murallas, los hijos de los hijos de los hijos de quienes habían conocido de cerca aquella felicidad eran incapaces de reprimir una sonrisa o una palabra amable hacia el lugar donde se había desarrollado una historia que la mayoría recordaba como un hermoso cuento de hadas, como un momento de tranquila luz en el remolino de sus días apresurados.

El único que en la época de los hechos tuvo algo que decir fue el párroco de San Venanzio, el padre Ubaldo, que aproximadamente una semana después del nacimiento de Ideal, una noche en que hacía un tiempo de perros, bajó de la rectoral de enfrente del Bastión para bendecir a aquella nueva ovejilla, dado que nadie de la familia se había dignado presentarse para inscribir la pequeña alma en el registro parroquial.

El cura llegó a la casa junto a las murallas con cierto recelo, generado por la conciencia de una unión irregular que había que sanar como fuera. De alguna forma y sin escándalo, dado que el Maestro era hombre cortés y apreciado por todo Colle Alto. Pero apenas franqueó la puerta, él también quedó envuelto por la atmósfera feliz de aquel lugar, por la amabilidad de la nueva madre y por la alegría de todas las personas, incluidos los dos capataces huéspedes. El anciano cura fue atraído por el calor que allí reinaba, agradable refugio después de una caminata bajo la lluvia y la tramontana. Vio al pequeño Ideal dormido en el regazo de la viuda, más dulce que nunca, y por un instante le pareció asistir a una escena sacra, un Leonardo tal vez, quizá una Virgen de Rafael, y se contuvo con dificultad para no santiguarse; y después vio cómo Bartolo saltaba contento sobre las rodillas del Maestro y los otros dos hombres que le servían vino para celebrar el feliz acontecimiento.

No hubiera sido capaz de decir cómo sucedió, pero no tardó en confundírsele todo: se confundieron las palabras, se confundieron los gestos, se confundió incluso el tiempo, que transcurrió con una lentitud impresionante con objeto de que él se uniera a aquella fiesta, a los cantos y las discusiones que siguieron a los

vasos colmados y a las galletas recién horneadas. Sin duda se confundieron muchas cosas, y hubo también largos discursos sobre la justicia, los pobres y Cristo, sobre los obispos y los párrocos, sobre quién manda y quién obedece, de manera que al final el padre Ubaldo se olvidó del motivo real por el que había ido hasta la casa junto a las murallas.

Se acordó de repente, cuando la lluvia y la tramontana lo sorprendieron de nuevo marchando hacia la parroquia, por lo que volvió sobre sus pasos de la forma más rápida que sus piernas, inseguras por la edad y por el vino, le permitían. Pero ya había conocido el amor de aquella casa, y en aquel momento el verdadero sacrilegio le pareció pedir que volvieran a abrirle la puerta e imponer una regla que en el fondo no haría sino complicar las cosas.

De modo que se colocó ante el umbral y, en la oscuridad de aquella noche de perros, levantó un brazo y trazó en el aire gélido una cruz como señal de bendición. Después se dio la vuelta y, mascullando contra el frío, empezó a subir otra vez lentamente hacia la rectoral.